



RENOVACION

ÓRGANO DE LA FEDERACIÓN DE
JUVENTUDES SOCIALISTAS DE ESPAÑA

Primero de Mayo

Manifiesto de la Internacional Juvenil

Nos dirigimos a vosotros en un periodo de gran miseria económica y de grave reacción política. Los trabajadores del mundo entero sufren una crisis intensa de la economía capitalista. Más de quince millones de seres humanos sufren la angustia del paro, y la reacción de todos los países aprovecha la enorme depresión económica para organizar un ataque general contra las conquistas sociales y políticas de la clase trabajadora. Esta reacción social ha encontrado su apoyo más fuerte en el fascismo internacional. Su fin es de aminorar completamente el movimiento obrero socialista. Allí donde el fascismo reina, también dominan la fuerza bruta y el despotismo.

Los comunistas, que apelan todavía a las grandes ideas del Socialismo internacional, consideran que su principal tarea consiste en rebajar el valor del movimiento obrero socialista, en acentuar la división de la clase obrera y, por consiguiente, en preparar el camino a la más negra reacción.

La juventud socialista está en pleno comprometida en la lucha actual. Centenares de millares de jóvenes proletarios cuentan en las filas de parados. Otros centenares de millares deben ganar su sustento en las fábricas y las oficinas sin libertad suficiente, la mayoría sin vacaciones. En todos los lugares donde amenaza la reacción social su ofensiva se dirige primero contra los jóvenes trabajadores y trabajadoras que de por sí están insuficientemente protegidos por la ley.

Camaradas: La lucha que lleva estos meses contra el fascismo y la miseria económica el movimiento obrero internacional, es también nuestra lucha. Es nuestro deber poynenir el que está de manifiesto cuando nuestros mayores defienden la democracia, la paz entre los pueblos y las conquistas sociales contra un adversario poderoso. La miseria económica zapa las bases de un trabajo socialista de la juventud coronada de éxito.

Si hoy, en este día Primero de Mayo de 1931, os llamamos para que hagáis manifestaciones poderosas, nuestro primer pensamiento va a la solidaridad incommovible que une a los jóvenes y a los adultos en el movimiento obrero socialista. Estamos en pie como un solo hombre al frente del movimiento obrero socialista mundial. Pensad en los camaradas italianos que al precio de sus vidas han conservado fidelidad al Socialismo, enfrentándose con el fascismo. Pensad en los jefes de la juventud socialista polaca, que, por amor a la libertad, a la democracia y al Socialismo, han sido llevados al infierno de Brest-Litowsk, y a los cuales no les han podido arrebatar su fe en la idea socialista. Pensad en los camaradas rusos que desde hace más de diez años afrontan por convicción un régimen que amenaza con el exilio, la prisión o la muerte de aquellos que no consienten en obedecerlos servilmente. Todos estos camaradas son testigos de la gran fuerza moral que debe animar a todos los jóvenes que quieran concertar con el Socialismo una alianza de combate para instaurar un orden mejor en este mundo.

En lo que concierne igualmente a nuestra resistencia, la ofensiva es la mejor defensa. Debemos impulsar el avance. Nuestras manifestaciones del Primero de Mayo deben ser de propaganda. Millones de jóvenes proletarios están todavía separados de nosotros. Su lugar está bajo nuestras banderas. Arrancadles de la indiferencia o influencia de nuestros adversarios; de este modo debilitaréis su posición y reforzaréis la nuestra. Queremos salir de esta peña no solamente intactos, sino también más fuertes en miembros y en fuerza interior.

Luchar significa, ante todo, formación y educación de los jóvenes proletarios. La miseria económica, la incertidumbre de la situación social actual y la inexperiencia política han despertado en numerosos jóvenes una noción romántica de la política que ofrece el mejor terreno a la ideología de la fuerza nacionalista y militarista del fascismo. Se trata de oponer a esta ideología de la fuerza nuestra concepción socialista. No queremos un «socialismo» que se apoye en las bayonetas; no queremos un «socialismo» que viva de la opresión de las razas, de las clases o de los pueblos. Nuestro Socialismo debe basarse en la libre voluntad de los trabajadores y debe llevarse con un sentimiento de responsabilidad y de discernimiento político de cada uno de los miembros de la clase obrera.

En el combate que lleva la clase obrera por defender sus derechos no debe jamás dejarse arrebatar el derecho de su defensa en caso de necesidad; es decir, en caso de gran peligro, el derecho de responder por la fuerza a la fuerza; sin embargo, la fuerza que anime nuestro movimiento debe ser la convicción de que en la lucha entre el Socialismo y los poderes del mundo antiguo, la idea triunfará en definitiva de la fuerza. En la lucha contra el fascismo, una de las tareas principales de las organizaciones de las juventudes es la de hacer vivir esta convicción y las grandes ideas del movimiento obrero socialista internacional en el corazón y en el cerebro de la juventud trabajadora.

Camaradas: Formáis una parte de lo selecto del proletariado. En el Primero de Mayo, bajo las banderas rojas, os manifestaréis por el fin elevado de nuestra Internacional de la Juventud Socialista. Tened conciencia de la gran responsabilidad que pesa sobre vosotros en la época presente. No hemos cumplido por entero nuestra labor en la lucha de la liberación de la clase obrera, ya que el día de la fiesta del trabajo nos manifestamos por la democracia, por el Socialismo y la paz entre los pueblos. Para un trabajo de educación en el seno de nuestras organizaciones debemos prepararnos diariamente para nuestra labor, y con los fines de que sean una realidad para el proletariado las reivindicaciones del Primero de Mayo.

En pie para una nueva lucha. En pie para un nuevo trabajo. ¡Viva la democracia! ¡Viva el Socialismo! ¡Viva la paz entre los pueblos!

El Secretariado de la Internacional de la Juventud Socialista: KARL HEINE, Viena; ERICH OLLENHAUER, Berlín; ERNST PAUL, Praga; KOOS VOR-RINK, Amsterdam; HANS HANSEN, Copenhague; LOUIS COHN, Varsovia, y VALERE AUBRY, Bruselas.

El presidente de la Internacional Socialista Obrera saluda a las Juventudes Socialistas de España.

El camarada Emilio Vandervelde, presidente de la Internacional Socialista Obrera, se ha interesado, durante su estancia en Madrid, por el movimiento juvenil socialista español, en el cual —ha dicho a nuestro director— funda grandes esperanzas para orientar la República hacia el Socialismo, y ha escrito para RENOVACION:

En passant à Paris me rendant à Madrid, j'ai eu l'occasion de voir un jeune communiste en train de la rue pendant la campagne électorale. Une jeune femme s'agitait de grand mouvement, je me suis arrêté et j'ai dit: "Attention, ne t'oublie pas de voter!"

La República española es la más joven de las Repúblicas europeas. Tiene por ella a la juventud. Y es de ésta de quien la Internacional Socialista espera, por el hecho de las nuevas generaciones, más progresos, que se añadirán a los ya admirables que el Socialismo ha realizado en estos últimos meses.

Emile VANDERVELDE.

«De paso por París, al venir a Madrid he visto la película de la campaña electoral española.»

Me ha llamado la atención el gran número de jóvenes que, sin tener la edad electoral, tomaban parte con entusiasmo en la agitación republicana y socialista.

La República española es la más joven de las Repúblicas europeas. Tiene por ella a la juventud. Y es de ésta de quien la Internacional Socialista espera, por el hecho de las nuevas generaciones, más progresos, que se añadirán a los ya admirables que el Socialismo ha realizado en estos últimos meses.

Emile VANDERVELDE.

DE AYER, DE HOY, DE SIEMPRE

El Partido Socialista declara que tiene por aspiración:

- 1.º La posesión del Poder político por la clase trabajadora.
- 2.º La transformación de la propiedad individual o corporativa de los instrumentos de trabajo en propiedad colectiva, social o común. Entendemos por instrumentos de trabajo la tierra, las minas, los transportes, las fábricas, máquinas, capital-moneda, etc. etc.
- 3.º La organización de la sociedad sobre la base de la federación económica, el usufructo de los instrumentos de trabajo por las colectividades obreras, garantizando a todos sus miembros el producto total de su trabajo, y la enseñanza general científica y especial de cada profesión a los individuos de uno y otro sexo.
- 4.º La satisfacción por la sociedad de las necesidades de los impedidos por edad o por fallecimiento.

En suma: el ideal del Partido Socialista Obrero es la completa emancipación de la clase trabajadora; es decir, la abolición de todas las clases sociales y su conversión en una sola de trabajadores, dueños del fruto de su trabajo, libres, iguales, honrados e inteligentes.

(Programa del Partido Socialista Obrero.)

Manifiesto de la Federación Nacional

Las Juventudes Socialistas españolas, aprovechando la Fiesta internacional del Trabajo, hacen públicas sus aspiraciones de orden inmediato. En años anteriores, bajo el régimen monárquico, considerábamos que era inútil hacerlo, por cuanto a nada práctico conduciría. De ahí que nos limitáramos a apoyar, única y exclusivamente, las reivindicaciones que, año tras año, venían presentando el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores.

Hoy, bajo un régimen republicano, eminentemente burgués, pero en el que al menos podemos emitir con libertad nuestro pensamiento, sin el temor de que éste pueda no ser del agrado de los elementos dirigentes del país, nos consideramos en la obligación de plantear públicamente, y al propio tiempo manifestar nuestra decisión firme de trabajar por su implantación, algunas de aquellas reivindicaciones que, sin separarse de las expuestas por nuestros organismos superiores, son peculiares a los jóvenes.

La primera se refiere a la concesión del voto a los jóvenes mayores de veintiún años. Por indicación nuestra, el Partido Socialista lo ha incorporado a su programa. No puede satisfacer, en modo alguno, que se conceda a los veintitrés años. Cuando a la edad que propugnamos se impone a los jóvenes el deber de ir a formar parte del ejército, es lógico que al propio tiempo se les otorgue el derecho a intervenir en los negocios públicos que han de verse obligados a defender. DE AHI QUE PROPUGNEMOS QUE EL VOTO SEA A LOS VEINTIUN AÑOS, TENIENDO DERECHO A VOTAR LOS SOLDADOS, COSA QUE NO SE HALLA PROHIBIDA A JEFES Y OFICIALES.

EN ORDEN AL EJERCITO, PEDIMOS LA CLAUSURA DE LAS ACADEMIAS MILITARES; QUE SE REDUZCA EL TIEMPO EN FILAS A SEIS MESES; QUE SE SUPRIMAN ABSOLUTAMENTE LAS CUOTAS QUE DISMINUYEN EL TIEMPO DE PERMANENCIA EN FILAS, Y QUE SE ABANDONE LA ACCION MILITAR EN MARRUECOS, DEJANDO A ESTE PAIS QUE RIJA LIBREMENTE SUS DESTINOS.

No se precisan muchas palabras para defender estos postulados. En un régimen de justicia, consideramos que debe llegarse al desarme total. No desconociendo que mientras haya pueblos de régimen imperialista aquello supondría un error, defendemos que se reduzca al mínimo, cercenando en el presupuesto de guerra todo cuanto sea posible y no haciendo nuevas promociones de profesionales de la guerra, que, indudablemente, precisen de ésta para morir.

DISOLUCION DE LA GUARDIA CIVIL. No pudiendo olvidar la misión que este instituto ha realizado secularmente, de persecución de indefensos trabajadores que no podían más que pan y justicia, consideramos que, para la propia tranquilidad pública, debe desaparecer.

SEPARACION ABSOLUTA DE LA IGLESIA DEL ESTADO Y EXPULSION DE LOS JESUITAS.

La inmixción de las órdenes religiosas en la vida política española, al extremo de constituir el más firme puntal del régimen monárquico, aun cuando por conveniencia no hayan vacilado en rendir pleitesía al republicano cuando éste, despreciando sus consejos, se ha implantado; la influencia que ejercen todas ellas, pero principalmente los jesuitas, en aquellos pueblos donde el grado de incultura alcanza un alto exponente, nos obligan, velando por el propio prestigio y consolidación de la República, a pedir su expulsión y a que el Estado, creado para bien administrar los intereses ciudadanos, se desentienda de los problemas divinos, que son patrimonio de la conciencia individual de cada uno de los ciudadanos.

CONCESION A LA MUJER DE LOS MISMOS DERECHOS CIVILES Y POLITICOS QUE AL HOMBRE.

Consideramos que la mujer española, a pesar de los prejuicios de que se halla aún poseída como consecuencia del estado de incultura de la mayoría, como copartícipe que es del hombre en la vida ciudadana, no puede hallarse en condiciones de inferioridad política. El problema no es negarle derechos, sino formar su conciencia ciudadana.

CREACION DE ESCUELAS EN NUMERO SUFICIENTE PARA TODOS LOS NIÑOS ESPAÑOLES, SEGUNDA ENSEÑANZA GRATUITA Y OBLIGATORIA DE CATORCE A DIECIOCHO AÑOS, EN SUS ASPECTOS NATURAL Y PROFESIONAL, Y ACCESO LIBRE DE TODOS LOS CIUDADANOS A LA UNIVERSIDAD.

Siendo el problema cultural el más agobiador de nuestro país, debe ponerse a todos en condiciones de desarrollar su inteligencia desde su período infantil hasta su completo desarrollo, sin que la fortuna pueda ser causa del monopolio de la cultura.

EDAD MINIMA DE DIECISEIS AÑOS PARA EL TRABAJO SALARIADO, VACACIONES PAGADAS, ENSEÑANZA PROFESIONAL OBLIGATORIA, ETC.

Nada hay en nuestro país que proteja a los jóvenes trabajadores. La raza española, compuesta en un futuro muy próximo por la juventud de hoy, se hallará, si no se remedia, en condiciones de gran inferioridad en relación a las del resto del mundo. Inferioridad física e intelectual. Cosa que nosotros, por propio egoísmo y por nuestro sentimiento patriota, debemos evitar.

¡Jóvenes españoles! Si estáis conformes con nuestro programa mínimo, encaminado a transformar el régimen social, vuestro puesto está en las filas juveniles socialistas.

¡Viva el Primero de Mayo! ¡Viva el Socialismo!

Por la Federación Nacional de Juventudes Socialistas. La Comisión ejecutiva: José Castro, presidente; Mariano Rojo, secretario; Felipe García, Salvador Marbán, Carlos Hernández, Rodolfo Obregón, Antonio Cabrera, Fernando López, José Cazorla.

Se va a celebrar la Fiesta del Trabajo con libertad después de hace ocho años. Es preciso que ese día demostremos que estamos capacitados para llegar al Socialismo.

El Gobierno francés-republicano burgués-ha prohibido la celebración de este Primero de Mayo. Cuidado con lo que vamos a "consolidar," en España: ¿República burguesa o República Socialista?

PRIMERO DE MAYO

Que nuestro espíritu, camaradas, busque hoy el más apartado rincón del jardín interior y se detenga un rato a meditar.

El jardín interior de todos los jóvenes socialistas, mojado aún por la lluvia reciente, será hoy, como es el mío, una completa sinfonía del verde, desde el tono más intenso hasta el tono más suave. Encendido hacia oriente por la luz de amanecer que apunía. Apagado hacia poniente — queda aún demasiado plomo en ese lado — por la tormenta que no ha acabado de descargar.

Apunta el nuevo día, camaradas. Pero como no hace todavía más que apuntar, es preciso que no nos dejemos ganar por la confianza. Es preciso, para seguir luchando, lanzar la mirada a oriente al encuentro de la caricia de la luz que llega. Pero es preciso también, absolutamente preciso, ladear un poco la cabeza hacia poniente y que el oído permanezca vigilante, atento a los menores ruidos de esa negra tormenta — ya lejana, pero no extinguida — de un pasado tan reciente como bochornoso. ¡Que no vuelva aquello, camaradas, cueste lo que cueste! ¡Que las juventudes sean, en este grave momento histórico preñado de esperanzas y amenazas, el más despierto centinela! ¡Que en ellas palpiten y vibren los corazones y los cerebros más sensibles, tan sensibles que sean capaces de percibir lo apenas perceptible! A ser, en proa, vigías con el pecho abierto hinchado de alegría, cara al futuro, y en popa, brazo fuerte y arma al brazo. Que, pasada esta hora de meditación, nos encontremos dispuestos a realizar cuantos sacrificios sean necesarios. Sin rencores, sin odios; con la alegría del que ofrenda lo mejor de sí mismo para merecer el bien propio y el ajeno. Comprensivos y fuertes siempre; nobles para todos; leales para nuestros amigos de hoy, para los que con nosotros hacen un corjo trecho del camino emprendido. Que al apearse ellos, que al dejarlos atrás, merezcamos su respeto, aunque tengamos el temor de que andando el tiempo lleguen a negárnoslo.

Salud, camaradas, y que nuestro espíritu busque hoy el más apartado rincón del jardín interior y se detenga un rato a meditar.

Salvador MARBAN

Pedimos que se reconozca la personalidad legal del Sindicato y su capacidad para concertar el contrato colectivo de trabajo.

Que se unifiquen los seguros sociales actuales, incluyendo el paro y la enfermedad, elevando las pensiones.

Que se reorganice la Inspección de Trabajo, nombrando inspectores obreros.

EL DIVORCIO

Nosotros estimamos que la mejor colaboración que podemos prestar a la República naciente es la de presentarle, clara y fríamente objetivados, los problemas que habrán de plantearse en las Cortes venideras en la magna labor de revisión nacional y de rejuvenecimiento de nuestras leyes e instituciones.

Y uno de los problemas cumbres que la mujer ha de incluir en su programa de inmediatas reivindicaciones es el del divorcio. Pero un divorcio legítimo, absoluto y total. No un divorcio ficticio, como el que nos plantea el Código, dándole este nombre para ocultar una separación impropiamente que mantiene a hombres y mujeres unidos por el pesado grillete de un artículo legal cuando entre ellos han muerto el afecto y la intimidad. Porque ¿quién sino las leyes son las que contribuyen a agriar las cuestiones matrimoniales? No puede ser el hombre quien se oponga a esta legítima reivindicación de la mujer, porque a ningún hombre medianamente perspicaz se le escapará el hecho de que las modernas reacciones de este nuevo feminismo no van inspiradas por un espíritu de lucha y oposición, sino de franca concordia y camaradería.

Por ello, nosotras las mujeres queremos que se derogue ese grotesco principio de nuestro Código penal que deja casi impune y disminuye en altísimo grado la responsabilidad del marido que mata a su mujer cuando la sorprende o tiene pruebas de su adulterio, y nos hemos opuesto también tenazmente a una modificación que pretendió implantar un anteproyecto de Código penal argentino, de acuerdo con la cual se concedían las mismas (prerrogativas) a la mujer en el caso de que el adúltero fuese el hombre. No; nosotras creemos que en estos casos, que suelen ser en principio y de modo indirecto los determinantes en todo momento del divorcio, puesto que de existir plena satisfacción con la persona elegida se pasan por alto cuestiones de menor trascendencia, no vamos a educar a los pueblos en la barbarie del retorno a la justicia por la mano y a extender ésta a mayor número de seres, sino que tenemos la obligación de hacernos todos más cultos, más sensibles y más respetuosos para con las conquistas de la nueva edad.

Por el hecho de creerlo, estimamos que debe existir en el hombre y en la mujer un criterio de una especial tolerancia para las veleidades del corazón o del instinto. El criterio del

hombre que pretende asegurarse la propiedad perpetua de una mujer en su cuerpo y en su espíritu, que si duda de poseer esta propiedad por un falso concepto del honor ultrajado no halla otro medio de reivindicarlo que matándola; nos parece tan absurdo y tan inmoral como ese otro que mantiene la gran mayoría de nuestras mujeres de dificultar la vida de sus compañeros atormentándoles con unos celos enojosos o estúpidos, desarraigando en ellos el afecto y contribuyendo a crear desamor donde antes podía existir pasajero desvío. No. En el momento en que el hombre y la mujer tengan facultad de romper su lazo libremente, lo mismo a petición de una que de otra parte, uno y otra tendrán mayor interés en la conservación del vínculo, porque tendrán la garantía previa de poder disolverlo siempre que no se acomoden sus gustos y caracteres, la sensación de libertad de que hasta aquí ha carecido la institución matrimonial y el temor de ver rota la felicidad lograda, si la complacencia del otro conyugue no va de consuno con la suya. Estos factores contribuirán de un modo más inmediato a la fortificación del vínculo, y no a su relajación, como creen pudorosas damas y neolíticos varones.

Ahora bien; la República habrá de situarse ante este problema con puro y limpio criterio. Es preciso que los pasos que dé sean firmes y decisivos. Un divorcio que limite y reduzca las condiciones en que podrá exigirse, tal como en principio se implantó en algunos Estados de Norteamérica, como Massachusetts, no debe haber en España. Sería un semillero de pleitos, que desharían la institución nueva, fomentaría la campaña de reacción en su contra y reduciría a escombros nuestra labor. Ello cerraría también el camino de separación amistosa y cordial a muchas gentes más modestas, que, incapaces de sufragar los gastos de un abogado que se encargase de probar que la incompatibilidad de caracteres se había manifestado en violentas escenas o en lesiones corporales, veríanse sujetos a la misma esclavitud de antaño.

El divorcio debe ser una medida radical, concedida con amplitud y otorgada con liberalidad. Todos nos impondremos desde ahora una labor educadora del hombre y de la mujer para la nueva libertad que se le conceda. Pero tenemos ya la seguridad de que nuestro pueblo se ha hecho acreedor, por su sensatez y su sensibilidad, a medidas amplias y totales, que no se concedan con restricciones por demás enojosas, sino con un criterio de comprensión hacia la nueva era, que al avanzar con pasos de gigante tendrá que plasmar en sus leyes previsiones para un futuro y en sus instituciones cimientos para las que las sustituyan.

HILDEGART

LA VANGUARDIA DE LA REVOLUCIÓN

En marcha la República española, sus primeros pasos tienden a deshacer las arbitrariedades de un Poder despótico y cruel, y a construir el Estado jurídico que cualquier potencia burguesa tiene consolidado.

Mientras tanto, hay que acrecentar sólidamente las filas proletarias. En el campo político el Partido Socialista, y en el económico la Unión General de Trabajadores, son los dos polos donde deben agruparse todos los trabajadores sin organizar aún para fortalecer con una potencia ilimitada esta vanguardia que vigile la actual República y prepare el advenimiento de otra época mejor, donde, desaparecidas las castas, no imperen las clases.

Hasta la prensa ha reconocido que el salto dado por España es debido a la fuerza del Partido y de la Unión. Que han sido estos dos organismos, trabajando al unísono y de común acuerdo, quienes han logrado levantar el espíritu revolucionario de las masas trabajadoras; quienes, manteniendo constantemente la fe en el porvenir, contribuyeron en primer grado a sacudir la postración nacional mediante el golpe certero del pasado diciembre; quienes, con una fe inquebrantable, prepararon las ya famosas elecciones municipales que acabaron con una dinastía al parecer imperecedera.

Estos son nuestros organismos; los que mantuvieron su línea directriz contra las seducciones burguesas; los que admitieron el combate contra el apolitismo de una ideología en quiebra; los que dieron vida a una juventud capaz y vigorosa, cuya activa intervención en la vida política le da derecho a exigir una participación total en los designios de España.

¿Quién puede levantarse hoy contra la táctica de la Unión y del Partido?

En los pueblos y en las ciudades el ochenta por ciento de la población ha votado por la República, representa-

da por la candidatura de la Conjunción.

¿Por qué estos hombres que han depositado su fe en una tendencia política y revolucionaria no se adhieren a sus filas? ¿Piensan tal vez que la revolución está hecha del todo?

No es bastante, gritamos nosotros. No es suficiente pensar lo mismo y coincidir en determinados momentos; no basta ser simpatizante; no hay sólo que criticar. Hay que ejercer y adquirir las responsabilidades de la actuación; hay que formar parte de las organizaciones que han contribuido a la nueva estructuración nacional. Pero dentro de estas nuevas formas se destacan dos baluartes firmes y poderosos: la Unión y el Partido. Son con los que hubo que contar para redimir a España del vampirismo borbonés; son los que han de preparar la revolución futura.

Hemos realizado una revolución burguesa; preparémonos para hacer nuestra revolución, la revolución proletaria que transforme el régimen económico.

Para ello precisamos, esencialmente, que las juventudes trabajen denodadamente por nuestra causa. Que la Unión y el Partido alcancen un desarrollo mayor; que los Sindicatos y las Agrupaciones se organicen donde aún no existen; que la enorme cantidad de obreros sin asociar se sumen a nuestras filas rápidamente.

Es necesario que nuestra vanguardia vigile, y para que lo haga con mayor garantía, que se nutra de todos los oprimidos; es preciso que el proletariado organizado, recogiendo en su seno a la inmensa mayoría de los trabajadores españoles, se constituya en la vanguardia revolucionaria que impida todo intento de restauración y de desviación. Es necesario que el proletariado organizado se vaya preparando para conquistar el Poder político.

Carlos HERNANDEZ

Un ejército en los tiempos remotos tenía siempre por origen unos cuantos bandoleros que no querían trabajar y que estaban decididos a vivir del trabajo de los demás. Claro es que, una vez reconocida su autoridad, eran los protectores «por derecho propio» de los que trabajaban para ellos. Y es así que «el orden» ha sido creado en el mundo por el bandolero transformado en Guardia civil.

Ernesto RENAN

NOSOTROS Y TODOS

Desde hace algún tiempo se viene reconociendo la gran importancia que en la vida política de los pueblos en general, y en particular en la de España, tiene la labor que desarrolla la juventud. Importancia reconocida por el mismo Gobierno republicano al rebajar, siquiera no sea en la proporción que nosotros pedimos, la edad que se precisa para poderse ejercer el derecho ciudadano.

Hace algún tiempo indicaba yo que el substantivo juventud precisaba de un calificativo político para que, efectivamente, dejara de ser una cosa sin contenido. Lo mismo que en el orden profesional se precisa tener una ocupación, no limitándose a llamarse aprendiz sin saber de qué.

La lucha política entablada en nuestro país ha hecho que nos pongamos en contacto con otros elementos juveniles de diferente credo político. No ya con los albiñanistas, que ni han tenido nunca una ideología ni los hemos encontrado por parte alguna. Y en la esfera de la monarquía no había otros elementos jóvenes, a menos que, como los mauristas, consideráramos como tales al «pollo» Goicoechea.

Las juventudes republicanas tienen, indudablemente, un papel que cumplir... mientras se halla implantada la monarquía. Sin lanzar la mirada por encima del obstáculo político que ha habido en la historia de los pueblos, concentran contra él todas sus energías. Muchos de ellos consideran que el problema social puede resolverse en un régimen capitalista. Creen que un régimen político democrático puede solucionar problemas como el del paro y las crisis económicas.

Con estos elementos hemos podido coincidir en un pequeño recorrido de nuestro camino. La primera estación, la República, ha sido para ellos punto de llegada. Para nosotros lo es de partida hacia la conquista de un mundo nuevo. Sin perjuicio de que en la

lucha por la defensa de lo ya conquistado nos veamos obligados a unir las armas frente al enemigo común.

El comunismo apenas es conocido en España. Unos cuantos elementos disgregados hace años de las filas socialistas, expulsados la mayoría del propio partido que crearon por los que recientemente han ingresado en él, que no lograron arraigar en España no por falta de ambiente propicio a toda suerte de radicalismos, sino por la falta de solvencia moral de sus componentes. Y unido a esto la ayuda financiera, no regateada, de los que, manifestando querer el mejoramiento de los trabajadores, no vacilan en esconder sus fuerzas para presentar ante el enemigo común el capitalismo no un frente compacto, sino una división que puede ser aprovechada por él.

El considerar que el sistema de Rusia es aplicable a todos los países, el crear las fábulas que emigrados voluntariamente quieran contar para justificar una remuneración, es el craso error cometido en el orden internacional por los comunistas rusos. Y la consecuencia es que estos elementos, sin ideas, pero con ambición, lanzan, o al menos lo intentan, a los trabajadores a acciones que pueden poner en peligro no sólo su prestigio, sino también su fuerza material.

Frente a unos y otros, frente a la democracia republicana sin contenido social y frente a la demagogia verbal, estamos nosotros, jóvenes socialistas. Con la mirada puesta en el ideal de emancipación social, no olvidamos la realidad. La revolución, si ha de ser fecunda, ha de hacerse no sólo con el corazón, sino también con el cerebro. Formar conciencia socialista, aprovechando cuantos resquicios nos deje o vayamos produciendo en el régimen capitalista, es nuestra misión. Misión que por todo, sobre todo y, si es preciso, contra todos habremos de cumplir.

Mariano ROJO

COLOR DEL TIEMPO

Madrid ha sido estos días residencia de huéspedes notables. Los camaradas que componen el Consejo general de la Federación Sindical Internacional se han reunido en la capital de la República española. En el Senado, nada menos.

¿Quién le iba a decir al Sr. Borbón hace un mes que en el Senado se iban a reunir los representantes del proletariado internacional!

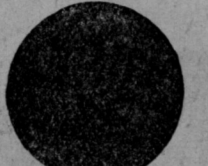
Los obreros del campo no tenían personalidad legal. No eran tomados en cuenta en la legislación social. En cambio, eran explotados inicuamente.

La República tiene que diferenciarse en esto de la monarquía. Es preciso dar personalidad legal al campesino. Hacerle igual ante la ley que el obrero de la ciudad.

Que se vea que en España ha habido, en efecto, revolución.



Hay en el mundo veinte millones de obreros que no tienen trabajo.



SEPARACIÓN DE LA IGLESIA Y EL ESTADO

La República no es sólo este Gobierno provisional. La República lo serán las Cortes futuras que se apresten a resolver los problemas que España tiene planteados por una monarquía que no sólo no se ha preocupado de su solución, sino que ha dejado a España retrasada en más de un siglo frente a los avances de las demás naciones. Uno de ellos es el problema religioso. En las actuales circunstancias creemos que sólo hay una fórmula que dé expresión al mínimo deseo popular: la separación de la Iglesia y el Estado. Esta aspiración que pretende realizar el enunciado de «La Iglesia libre en el Estado libre» no es, por otro lado, bandera de sectarismo, sino criterio que han llegado a mantener algunos hombres de la extrema derecha española, como Vázquez de Mella, y príncipes de la Iglesia romana, como los obispos de Méjico, que el 26 de agosto de 1926 eran los primeros en pedir al Gobierno de aquella República la independencia de la Iglesia y el Estado y, en su virtud, la autonomía de conciencia y cultos. Y es que ello es una realidad moral que por obra de la evolución humana se nos va imponiendo. ¿Cómo olvidar aquellas admirables frases de Spencer en su obra *La Justicia*, cuando dice: «Las personas que profesan creencias religiosas diferentes de las de la mayoría, así como las que no profesan ninguna, deben tener libertad de tomar parte en el culto que tengan por conveniente, contribuyendo a su sostenimiento, o bien de no tomar parte en ninguno.»

En primer término, las Cortes deberán examinar ese concordato faccioso que hoy aparece en vigor no obstante las campañas contra él dirigidas. Porque hemos de tener en cuenta que los reyes, sin la aprobación de las Cortes, como Isabel II lo hizo, no tienen derecho a hacer pactos de índole internacional; y esto es interesantísimo destacarlo, porque es la propia Constitución, en su artículo 86, la que así lo expresa, y, por consiguiente, no es válido ese concordato. Pero cuando España soporta un presupuesto de 66 millones de pesetas fijos, más algunas otras gabelas similares — como el pago, contra ley y derecho, que perciben los obispos como importe de las capellanías, no en láminas nominales, sino en dinero —, ¿cómo asombrarnos de que se liquide con déficit el presupuesto? ¿Cómo no han de emigrar de España cada año cerca de 200.000 hombres útiles?

Ha sonado la hora de preocuparse seriamente de un asunto que por su magnitud y trascendencia comienza a interesar a las naciones civilizadas del mundo. España no puede continuar siendo feudo de Roma. A la República actualmente en vigor toca poner urgente remedio a estos males. A comienzos del siglo, a pesar de la primera República, que, excesivamente tolerante, no se atrevió a abordar claramente este problema donde radica la clave de la definitiva regeneración de España, había en ésta 60.000 religiosos, esto es, uno por cada 300 habitantes; en 1901 eran ya 70.000; en 1910 había ya 3.000 conventos más que en 1900.

Es preciso acabar con esa hegemonía religiosa que ha ido chupando como un vampiro la sangre y la vitalidad españolas. Hay que terminar con la plaga de conventos en que hombres y mujeres viven, unos, egoísta y regaladamente, a costa de los esfuerzos de todos los ciudadanos; otros, forzados por una vocación que no han sentido, obligados por la imposición familiar. Es indispensable sentar el principio de que todos los hombres trabajen; pero sin privilegio alguno, en igualdad de circunstancias y con franca y leal competencia. El creyente, que pague su devoción. Libertad para todos, sí; pero en la intimidad del hogar. El que sea católico, como el que sea ateo, con su mujer y sus hijos. En la calle, en el taller, en la oficina, simplemente ciudadanos, obreros, trabajadores y, por consiguiente, hombres libres y unidos en la causa final de redención.

HILDEGART

MI PRIMER VOTO

Con emoción indescriptible, con una visión política del momento religioso y conciencia plena de mis deberes ciudadanos, tanto tiempo hollados por el régimen caído, deposité por primera vez mi voto en las urnas el histórico 12 de abril. Tuve interés, verdadero interés en hacerlo el primero de la sección donde me correspondía, en la cual ostentaba la representación de nuestros candidatos. ¡Voté, no hay que decirlo, por la República. Tema fe en que era una batalla importante de la gran guerra que veníamos sosteniendo contra la dinastía borbonica. Mas, ciertamente, no podía figurarme que sería la batalla decisiva.

¡Qué gran batalla! ¡Cuánto habrán aprendido muchos «revolucionarios» de mogollón que se han pasado la vida recomendando al pueblo que no votara! Nuestro Partido Socialista, los hombres que llenos de fe en nuestros hermosos ideales nos educaron en la organización y nos hicieron vibrar al unísono de su entusiasmo por las ideas, pueden sentirse orgullosos de su labor. Pueden sentirse orgullosos, sobre todo, los compañeros que

hicieron visión política del momento histórico y lograron que el fuego sagrado que encendió el pecho de las masas republicanas y socialistas el 15 de diciembre no se apagara.

Ahora, triunfante la República, me nester es que realicemos cuantos sacrificios demanden de nosotros nuestros dirigentes para sostenerla y encausarla hacia nuestras aspiraciones. Ahora es cuando tenemos que trabajar con más ardor en el seno de las organizaciones sindicales y cooperativas, que serán el sostén más firme de la República, como acontece en Alemania y Austria, principalmente. La República puede satisfacer muchas de nuestras aspiraciones. Pero no es nuestra meta. Sin embargo, es el régimen ideal para luchar con eficacia en pro de nuestras reivindicaciones. Por eso tenemos el deber de defenderla. Pero aspirando a la abolición de la propiedad privada, que nos proporcionará la libertad económica, indispensable base para disfrutar de la libertad política que puede concedernos la naciente República.

Rafael HERAS

Aplaudimos la labor posibilista de los tres ministros socialistas en el Gobierno provisional.

La semana de cinco días, o de cuarenta horas, es la única solución.



La crisis mundial y el capitalismo

El origen de las crisis de trabajo reside en el anárquico sistema de producción capitalista. Hay que derrocar éste, pues, para encontrar la solución conveniente.

La crisis actual tiene una extensión que abarca por completo a todo el mundo capitalista. Se ha dado en decir que es uno de los más difíciles problemas que tienen planteados todos los Gobiernos, porque entraña, inexorablemente, la miseria y la depauperación de los pueblos. Pero, en realidad, todas las soluciones adoptadas por diferentes Gobiernos de los más importantes países han sido estériles. Esto es lo verdaderamente grave en el momento. Todos conocemos las horribles estadísticas de parados en los grandes pueblos de Europa. Eriza el cabello pensar que son, seguramente, más de 80 millones las personas rozadas por esta terrible plaga exterminadora. ¿Qué régimen es éste que condena al hambre, por no sabemos cuánto tiempo, a tal cantidad de hombres mientras otros trabajan largas agobiadoras jornadas? ¿Por qué no se adoptan medidas que regularicen la producción con el consumo, y se reduce la jornada de trabajo, y se suprime el almacenaje para que éste no sea causa forzosa de que huelguen los hombres sin medios de vida? ¿Cuál es la razón en que se apoya el hecho de la introducción de la racionalización en la industria y en el campo sirva para enriquecer excesivamente a unos cuantos parásitos y para perjudicar en grado sumo a una cantidad enorme de familias y hogares?

Ya lo dijimos arriba. Las crisis son un proceso del régimen capitalista, y no tienen solución sino derrocando éste. El capitalismo es incapaz de proporcionar un mínimo de bienestar no sólo económico, sino moral o espiritual a la Humanidad. Aparte de producir el hambre y la miseria, encarna también el sometimiento, la esclavitud del hombre por el hombre. Nadie duda que en la sociedad actual el capitalista ocupa un plano muy superior al del obrero, a pesar de ser pa-

rásito. Si bien, en buena lógica, debiera ser lo contrario. El capitalista sin el obrero no puede vivir. El obrero sin el capitalista viviría, y, desde luego, mejor que ahora.

La Federación Sindical Internacional y la Internacional Socialista han abierto lucha por la reducción de la jornada de trabajo y por la semana de cinco días. Indudablemente esta sería la más acertada solución a la crisis, que es la más importante hasta la fecha dentro del régimen capitalista. Debido a la competencia, el capitalismo niega rotundamente a ponerla en práctica. Pero nosotros creemos que no pasarán muchos años sin que sea un hecho. Tendrá que aceptarla para vivir un poco más de tiempo. Porque hoy el capitalismo encuentra en período de descomposición, cerca de su fin. Ya no es aquel dique fuerte y poderoso donde se estrellaban las reivindicaciones obreras de hace treinta años. Es sólo un régimen que cada día se siente más impotente, y que recurre ya a toda clase de fuerzas coercitivas para no ser arrollado tan temprano por el avance de la organización del proletariado internacional, que mira con simpatía y esperanza a Rusia. El fascismo, que ahora asoma sus orejas por toda Europa, no es sino un instrumento al servicio del capitalismo y alentado por éste. Ahora, que, como todos los males, encierra una ventaja. En los países en que se hace posible su escalamiento al Poder es porque no está suficientemente desarrollada la conciencia de clase en el proletariado, y ocurrirá algo parecido a lo que sucedió en España con la dictadura. Vino a impedir la exigencia de ciertas responsabilidades que pondrían en vilo la existencia de la monarquía, y si no es por ella seguramente aún no tendríamos República. El fascismo viene a impedir el avance del proletariado, y, sin duda alguna, será uno de los factores más importantes en el aceleramiento de la revolución social.

Ovidio SALCEDO

EL PROBLEMA DE LA HABITACIÓN

Hora es ésta de preocuparnos de los problemas que la clase trabajadora de todos los países, pero muy particularmente la española, tiene planteados. La habitación del obrero suele ser algo tan insalubre o tan insuficiente, que no llena, ni con mucho, las condiciones de higiene mínimas para la normal subsistencia de las personas.

La vivienda sana es algo tan indispensable para el normal desenvolvimiento de la vida humana, que hasta en los factores antropológicos que se examinan para juzgar la irresponsabilidad de los criminales se estudia la vivienda en que aquél se haya desenvuelto normalmente, valorando la enorme influencia que en el cuerpo y en el espíritu del individuo ejercen la obscuridad, la falta de ventilación y el hacinamiento de personas.

Es urgente que la República ponga remedio en España a este gravísimo problema. No basta con que los tenientes de alcalde inspeccionen y remedien en parte las faltas de higiene de las viviendas. Es preciso construir muchas colonias de casas baratas; pero verdad, sin depender de patronos ni de entidades capitalistas, independientemente, en beneficio de los grandes núcleos trabajadores. Es preciso que la República, régimen de libertad y de democracia, perciba que, en justicia, el trabajador es uno de los factores cumbres de la sociedad, que él pone en movimiento la gran máquina de la producción. Que no será labor de caridad ni de beneficencia la que se efectúe, sino de justicia. El Estado tiene el deber de garantizar a aquellos ciudadanos que le sean útiles las mínimas condiciones de subsistencia. Y uno de los problemas que a todo Estado respetuoso para con las garantías obreras se le plantean es el de la vivienda del proletario.

Mientras todas las naciones fomentan el incremento de los hogares en un número que disminuya la grave crisis vital del trabajador, España no puede permanecer alejada de estos problemas. En otros puntos existen fuertes movimientos cooperativos que, guiados por los núcleos sindicales, se resuelven a sí mismos estas gravísimas cuestiones. En España, el Estado deberá dar la iniciativa; nuestras organizaciones la fortalecerán con su apoyo, creando Cooperativas genuinamente obreras, fomentando sus propios intereses. Tenga siempre muy presente el pueblo que es él quien tiene que preocuparse de sí propio, influyendo sobre el Gobierno, actuando en las Cortes futuras, para que, junto a los graves problemas políticos que la nación debate, se resuelva también éste de la vivienda del trabajador. Es una mínima compensación, un tributo de justicia indispensable para nosotros. Hay que luchar por la vivienda sana. Hay que salvarse de la tiranía del capitalismo hasta en esos pequeños detalles, porque mientras haya una cadena que nos mantenga atados a él, no conquistaremos nuestra definitiva libertad política ni económica.

Como estas inquietudes son necesidades urgentes de la vida proletaria, los núcleos socialistas, las organizaciones sindicales, deben preocuparse de intensificar su campaña cerca de los Gobiernos y de las Cortes por satisfacer las necesidades obreras. Hay que abordar el problema de la vivienda proletaria con valentía. Hombres tenemos que se atreverán a ello. Prestémosles nosotros el concurso de nuestra fuerza numérica y de nuestras iniciativas personales. Que la República iniciada sea el principio de la realización, no ya del mínimo programa obrero, sino de las normas indispensables del derecho a la vida, que no se contiene en un código frío e incapaz de llegar a la medula del pueblo y que con su sarcasmo garantiza derechos que el capitalismo niega o destruye, sino que se expresa en la práctica poniendo al obrero ante la vida con un mínimo nato de probabilidades de subsistencia y un porvenir que deje libre campo a la iniciativa y al éxito personal.

EL REY LADRÓN

Se ha marchado de España el señor Borbón. Aquella constabularia con el país que pregonaba la monarquía para sostenerse no ha sido advertida por nadie. Muy al contrario. El día que el Sr. Borbón abandonó España, es decir, el día que España echó al Sr. Borbón, el pueblo en masa se ha desbordado por las calles poseído de una gran alegría. Era lógico. Además de caer la tiranía, se iba un rey que había dedicado todas las horas de su reinado al robo. Un rey que, además de serlo, se hallaba acoplado en todos los negocios sucios de la nación. Un rey que en las sombras de su reinado, sombrío y trágico, había especulado con la hacienda pública.

No; no pongan en la marcha del Sr. Borbón sus lagrimitas de cocodrilo los que medraron a la sombra de la monarquía. No pongan tampoco su lágrima los periódicos que sostuvieron con sus campañas la oligarquía y favorecieron con su silencio y aprobación los negocios escandalosos del rey ladrón. No tienen por qué ponerla, puesto que no se va de vacío el ex monarca. El oro de España y el sangre de españoles se confunden en sus manos. No lloren los periódicos

de la reacción absolutista, porque lo menos que le podía haber sucedido a su ex adarido ha sido esto. Porque la vindicta histórica hubiera reclamado la vida del Borbón perjuero que hizo de su reinado granjería. Pero día llegará en que los Tribunales hagan justicia. Y en que se exijan las responsabilidades contraídas. Y entonces el Sr. Borbón tendrá que dar cuenta de su participación en los negocios de la Telefónica, en los del ferrocarril Otaneda-Catalayud, en los de los Saltos del Alberche y en otros muchos en que figura su nombre.

Y también tendrá que decir de dónde ha salido el dinero que al extranjero se lleva, etc., y dónde lo ha robado. Porque es preciso que todo se ponga en claro. No llore la reacción ante la desgracia de un rey sin trono ni corona. ¡No llore! ¡Acaso se conmovió cuando los desastres de América y los de Marruecos? No llore la desgracia de un rey sin reino. Lo menos que le ha podido ocurrir al Borbón perjuero y ladrón ha sido eso. ¡Con la vida debía haber pagado sus fechorías!

Sócrates GOMEZ

Pero no dejamos de proclamar el "más allá" socialista de nuestras aspiraciones.

Si algún día vuestra República se viera amenazada y vuestras fuerzas no fueran suficientes para defenderla, todos los miembros de la Internacional Sindical y de la Internacional Socialista se pondrían en pie para defender la revolución española.

Emile VANDERVELDE

LA SOCIEDAD FUTURA

Hemos tenido la gran suerte de ver instaurada la República en España. El Primero de Mayo de 1931 disfrutamos de todas las libertades individuales, tanto tiempo holladas. La inferioridad a que ha estado sometido el pueblo español; los vejámenes de toda índole que tuvieron que sufrir nuestros hombres representativos por dirigir y encauzar la protesta del pueblo, han dado los frutos que dan todas las persecuciones injustas: el triunfo de las aspiraciones de los perseguidos, en este caso, con la huida del Borbón y sus huestes y el establecimiento de la República. Defendamos, consolidemos ahora la República. Esta es la consigna del momento. La mejor defensa que podemos hacer de la República es laborar por el engrandecimiento de nuestras organizaciones: el Partido, las Juventudes, los Sindicatos, las Cooperativas. Serán nuestras organizaciones el sostén de la República, porque son el embrión de la sociedad futura. Y sólo consentiremos avanzar; de ningún modo, retroceder.

Me corresponde el deber de hacer un llamamiento a la juventud para que se preocupe de la organización cooperativa. Hora es ya de que los jóvenes intervengan en el movimiento cooperativo, este movimiento cooperativo que hay que crear, porque realmente no existe. Hay, sí, muchas Cooperativas, organizadas y sostenidas a fuerza de mucho trabajo y perseverancia; pero no existe un movimiento nacional propiamente dicho, a causa de la falta de entusiasmo y de amplia visión de los militantes actuales, por un lado, y de la indiferencia, por desconocimiento de los principios y táctica, de la clase obrera organizada sindicalmente, por otro lado. Esto ha de terminar. En estos momentos tenemos, más que nunca, el deber de extender y propagar la cooperación.

La cooperación no trata solamente, aunque es un detalle principal para asegurar el éxito de la organización, de adquirir los garbanzos, las judías, etcétera, unos céntimos más baratos. La cooperación es todo un sistema económico nuevo que ha salvado del caos a Rusia, que ha evitado transformaciones violentas en Alemania, que ha abatido los poderosos «trusts» de la fabricación de bombillas en Suecia, que servirá, en una palabra, de base para el establecimiento pacífico del Socialismo en el mundo.

La cooperación es el complemento magnífico de la organización sindical y política de los trabajadores. En

tas, el militante entusiasta y capaz se educa en el gobierno de los hombres. En la organización cooperativa aprendemos la administración de las cosas. Hay que separar y distinguir, según la fórmula samoniana, el gobierno de los hombres y la administración de las cosas. Es el ideal de un buen Gobierno. Nosotros hemos de aspirar a este ideal. Tenemos que aprender a gobernar a los hombres. Necesitamos capacitarnos en la administración de las cosas. En la sociedad futura, las cosas bien administradas no dominarán, no esclavizarán a los hombres, como acontece ahora. Todos tendremos derecho al disfrute íntegro de nuestro trabajo. Tendremos atendidas a satisfacción nuestras necesidades. La cuestión consiste en conseguir que la propiedad privada se convierta en propiedad social, y después, en buscar los métodos adecuados de gestión. Parece ésta una cuestión puramente especulativa. Tiene, sin embargo, una importancia capital para asegurar el éxito de nuestra futura organización social. Porque no vale decir: «En su día trataremos de ello.» No. Esa es una cuestión de vida o muerte. No se improvisan hombres que sean capaces si hubiera posibilidad material de poner en marcha una nueva organización de la producción y la distribución, o sea la industria, el comercio y la Banca. Por eso, la revolución social no se hace en cuatro días. Esa revolución está ya en marcha. Comenzó hace un siglo con la organización de los consumidores y los productores en Cooperativas, Sindicatos y partidos políticos. Buena prueba de ello son las importantes propiedades sociales que se han puesto en marcha, con independencia absoluta del Estado burgués. La acertada gestión por parte de los propios interesados en esas propiedades hace concebir halagüeñas esperanzas sobre el porvenir que espera a nuestras ideas. La mayor parte de estas propiedades pertenece a las Cooperativas. En España existen pocas todavía. Pero de nosotros depende el crearlas. No basta que los trabajadores estén organizados política y sindicalmente. Es mucho, pero no basta. Hay que organizarlos asimismo como consumidores. He aquí la gran tarea que incumbe a la juventud, a la juventud fuerte y capaz. ¡Jóvenes socialistas! Toda una generación de luchadores obreros os contempla. El porvenir es vuestro. Animo. A la lucha. Conquistemos cada día, cada minuto, una porción de ideal socialista.

PRIMERO DE MAYO

La bella fiesta laica florece este año en nuestro país como un rito de primavera, retorno a la vida libre surgiendo sobre el sepulcro de la España absolutista, infame y triste. Es este Primero de Mayo el triunfo del día sobre la noche, alegoría plena de tradición teogónica, natural y espléndida que ha alimentado infinitos mitos solares en pluralidad de mundos. Su retorno vuelve también a instaurar, felizmente para España, en ciudades y campos la trasposición triunfal de la Fiesta del Trabajo, la continuación de la vida libre, ciudadana y política, y la apatencia de alcanzarla económicamente.

Todo canta este año en torno de la Fiesta del Trabajo. Es el bello mito que coronará en un mañana próximo de victoria la tragedia ingente de los oprimidos, tragedia que al fin se convertirá en un justo hosanna de Resurrección. El recuerdo incesante de esta gran revolución llamada Fiesta del Trabajo gritó desde hace bastantes años a los humanos el nombre simbólico de Floreal.

El sentido del desfilar de las masas obreras el Primero de Mayo ya no es un retorno de plebeyos domados, ni una amenaza brutal de los barrios sordidos contra la urbe higiénica y culta cuya belleza surgió a expensas de la vida y del impropio trabajo de esas masas. Es la expresión de una época histórica que ha sonado en la campaña magna de la Historia, improrrogable ya de detener ni de ahogar su vibrante y ensordecedor sonido.

Es, por otra parte, que el proletariado no sólo tiene hoy el valor cuantitativo de sus copiosos contingentes, sino también el valor cualitativo de superioridad en sentido de ideal, de cultura y de ansiedad de perfección.

Desfilarán los obreros, flor y fruto a un tiempo de la gran primavera humana. Fruto — ha dicho Gabriel Alomar — porque los obreros son — todos los que producen, ya sean manuales o intelectuales — la coronación de una vitalidad histórica llegada a madurez y a provecho. Y flor también porque sea la bella culminación de un ascenso humano, conteniendo ya el germen de las vidas que han de seguir tan hermosa obra. Fruto, en sus reivindicaciones de clase. Flor, en sus aspiraciones políticas y culturales.

F. MOYA

Pedimos la abolición del subarriendo de la tierra.

La aplicación a los trabajadores de la tierra de toda la legislación social concertada para la industria.

La entrega de las tierras incultas a las Cooperativas de obreros agrícolas, debidamente ayudadas financieramente, y la reconstrucción de las tierras comunales por expropiación parcial de las grandes propiedades.

UN GRAN PASO

Siendo un niño, recuerdo claramente el triste 13 de septiembre del año 1923, cuando un general, que dentro de su carrera militar podría ser un gran técnico, pero que en política demostró una gran incapacidad, disolvió el Parlamento, y de acuerdo con el jefe del Estado, para que no se llevaran a efecto los asuntos de las responsabilidades, se proclamó dictador.

Ingenuamente el pueblo español en un principio creyó que con el advenimiento de la dictadura se pondría fin a la podredumbre política y que el vergonzoso caciquismo desaparecería.

El tiempo, verdadero esclarecedor de las cosas, pronto desengañó al pobre pueblo que de buena fe creyó en la salvación de España mediante el enfurecida espada de un general; y lleno de vergüenza por su credulidad, vio cómo las argoñas de la explotación se apretaban más y más, extendiéndose la miseria de un lado a otro de la península y dejando las acostumbradas huellas en los hogares proletarios mientras que en las altas esferas se fraguaban lucrativos negocios y se desvalijaba nuestro tesoro público.

Así comprobó el dictador, siempre de acuerdo con Alfonso, a nuestro país en empresas tenebrosas; así disolvió y corrompió las instituciones directoras de un país; así clausuró inmundicia de Casas del Pueblo, violando el hogar de los trabajadores y decretando destierros y deportaciones a gran escala.

Sólo dos organismos de carácter nacional supieron resistir esas duras crueldades; con verdadera solvencia moral y con sus cimientos arraigados en la conciencia del pueblo laborioso y trabajador, formaban un dique ante el que se estrellaban y desvanecían como bocanadas de humo todos los dardos lanzados por la dictadura tirana. Y es que esos organismos no representaban a determinadas personas, sino que eran toda la voluntad de un pueblo, eran el esfuerzo realizado durante muchos años de ininterrumpido trabajo de una masa de productores organizada y disciplinada por Pablo Iglesias y que actuaba bajo la táctica de una Internacional de trabajadores.

Esos organismos son el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores, que durante los años de dictadura, sin abandonar ni un solo momento, en lo que les era posible, la reivindicación de los trabajadores, no sólo supieron mantener firmes sus fuerzas, sino que lograron aumentarlas considerablemente con el ingreso de nuevos trabajadores manuales e intelectuales de gran valor y prestigio.

Estos dos organismos, con certera visibilidad en los acontecimientos que se desarrollaban en nuestro país, supieron mantener las mejores posicio-

nes que convenían a la clase obrera y al Socialismo, teniendo en todo momento con la masa un contacto que les permitiera llevarla al margen y conocimiento de estos acontecimientos, que más tarde, como estamos viendo, habían de contribuir al advenimiento de un nuevo régimen democrático y republicano que acoplara a España al engranaje del progreso del que la monarquía borbónica nos la había desviado.

Caída la dictadura de Primo de Rivera, patrocinada por Alfonso XIII, el sanguinario y asesino Berenguer forma Gobierno, manteniéndose así en el transcurso de un año el régimen odioso y absolutista de la corona artificialmente, anunciando con bastante frecuencia sus doctores de caabeza un inevitable desenlace.

La rebelión principiada en Jaca, que remató las entrañas del pueblo español, y que no era sino una fase de la revolución en marcha, iniciada y cristalizada cuando el golpe del 13 de septiembre, y que se había ganado la voluntad de todos los ciudadanos, dió al traste con la envejecida monarquía, madre de todos los corrompidos centros anidadores de despreciable caciquismo, implantando en España la República el memorable 12 de abril mediante un grandioso acto de civismo y entereza ciudadana realizado por el pueblo.

Al Partido Socialista y a la Unión General de Trabajadores les cabe la honra de haber despertado a las masas y encauzado su acción en un movimiento que regenerara a España; y es que al hacerlo así estaban seguros de que estaban abriendo el terreno para salir triunfantes en empresas de mayor altura en esta revolución que camina a pasos agigantados, que no tardando mucho permitirá la transición de una República burguesa a una República obrera y socialista.

En tanto esto llega, trabajadores de toda España, y muy en particular jóvenes socialistas, formemos un nutrido cordón de defensa republicana y estemos siempre dispuestos a empuñar las armas contra los que quieran hacer de nuestro país un feudo a favor de una sola familia, seguros de que así servimos fielmente al Socialismo y somos dignos de lucir en nuestra solapa el emblema socialista.

Rodolfo GONZALEZ

La reforma del Ejército y de la Guardia civil

Quando, al día siguiente de la proclamación de la República, volvimos todos la vista hacia el pasado ignominioso y fúnebre de la monarquía, ninguna de las tres instituciones tradicionales que constituyeron su soporte feudal aparecieron tan complicadas por sus crímenes como la que está integrada por los institutos armados. En ella se encuentran actuaciones de todos los matices y grados de trascendencia histórica, desde la vileza de un golpe de Estado verificado por sorpresa, pero con premeditación y alevosía, hasta el asesinato vulgar en la calle, horas antes de entregar el Poder; todo esto pasando por la «victoria» sobre un hospital clínico, y sin olvidar el año 1917.

Si Alfonso XIII no tuviera otros crímenes de que avergonzarse (crímenes impunes), lo llenaría todo éste, que es el más miserable: el haberse defendido del pueblo poniendo delante a los soldados, hijos del mismo pueblo, lo cual constituye la más innoble de las cobardías.

Y ahora bien: ¿es que después de todo esto se puede creer que el Ejército es un mero instrumento que depende siempre de quienes detentan el Poder? ¿Es que se puede alcanzar un tan fantástico tono de apoliticismo para llegar a ese grado de obediencia?

Nosotros creemos que no, y ello nos lleva a afirmar que el tan pomposo título de Ejército Español que reza en nuestras cartillas militares no ha sido en el fondo, salvando honrosísimas excepciones de todos conocidos, más que un partido político, monárquico y, además, armado, porque no es posible cumplir con tanta fidelidad y precisión la misión oficial de defender un régimen por el solo hecho de «estar con el que manda».

Por eso, nosotros no nos fiamos de su conversión, y abogamos, como principio, por una radicalísima reforma.

Como cosa urgentísima: Hay que reducir a menos de la mitad el actual enorme número de divisiones, que no sirven más que de estorbo, y suprimir en absoluto los capitanes generales de regiones y los gobernadores militares, que en un régimen civil no tienen razón de existir.

También es muy urgente seleccionar la Guardia civil, distinguiendo entre guardias y asesinos, despidiendo en masa a todos los elementos indeseables y variándoles de uniforme, o, por lo menos, de gorro, porque es muy cómico ver que todavía hay tricornos.

Por último, es también muy importante la organización de la Guardia republicana, para defensa del régimen, premiando mediante el destino a ella a los que más se distinguieron en la lucha contra el régimen caído.

Y todo esto como medida urgentísima a cumplir en un plazo, a ser posible, de horas, ya que lo atinado sería, obrando en conciencia y sin oportunismos, el licenciamiento definitivo de las tropas, la abolición de los ejércitos permanentes de mar y tierra y el armamento general del pueblo.

La religión es el opio de los pueblos

MATERNIDAD CONSCIENTE

Uno de los problemas más graves que la moderna liberación de la mujer ha planteado a ésta es el de la maternidad. La Gran Guerra, al impulsar a la mujer, por una ley fatal y económica, a ocupar el puesto del hombre, abrieron ante ella las rutas nuevas del trabajo y de la ciencia. Lucha sin competencia aquella, en la que no se percibió más que el aspecto formal de la cuestión. Pero cuando el hombre, al volver del campo de batalla, hubo de encontrarse de vacío en aquella sociedad que él había creado; cuando vio que en pago a sus esfuerzos y a su sangre derramada le esperaban la miseria y el hambre, de no querer recurrir a la degradación de ser mantenido por la mujer, el hombre, sin resignarse, comenzó con más ardor la reconquista. No es extraño, pues, el concepto de lucha que tuvo en sus primeros tiempos el feminismo. Representaba un acaparamiento de puestos, cargos y honores. Era un monopolio, exactamente igual al que durante muchos siglos había disfrutado el hombre. Pero al volver las cosas a su punto medio, fiel de la balanza de la equidad, percibiéndose, de un lado, la necesidad de concesiones de uno y otro bando, que dieron como resultado el convencimiento de que dentro de cada profesión existían campos que exigían el sexo diferente como cualidad casi indispensable para su mejor desenvolvimiento; de otro, la compatibilidad de la profesión con la maternidad.

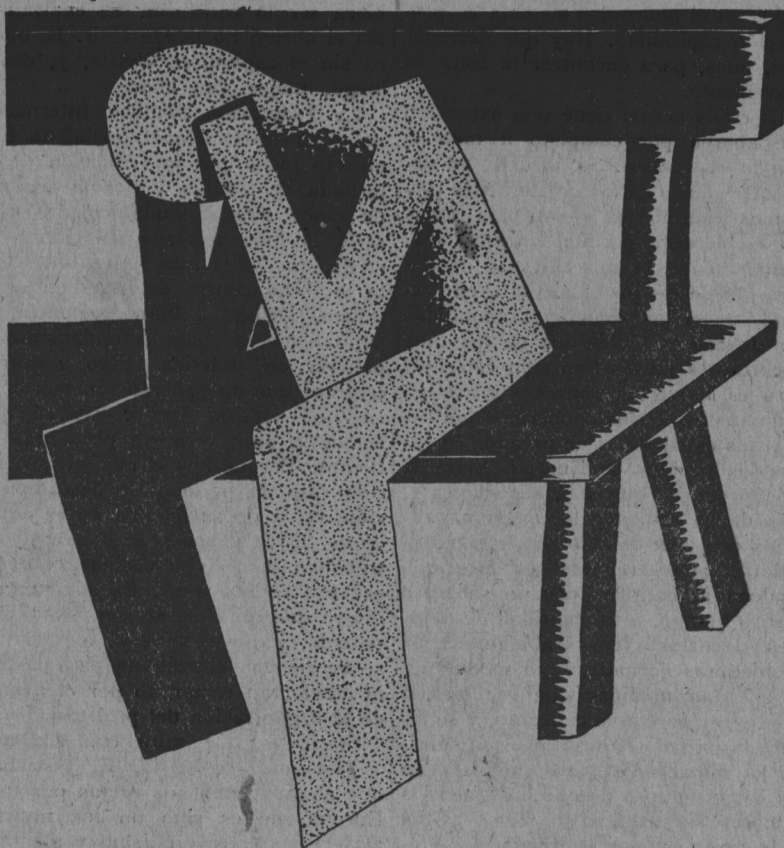
Pero el contacto con el trabajo en sus facetas más crueles, por lo mismo que son también las más organizadas y reglamentadas en un sinnúmero de trámites burocráticos hasta entonces desconocidos para ella, le plantearon de modo más grave y trascendente este magno problema de la responsabilidad que contraen. Que aprendan que la maternidad no es una mera función natural, sino una preocupación vital que debe exigir todo su interés. Tened en cuenta, mujeres obreras que hayáis sentido la inquietud de vuestra inconsciente maternidad, que las grandes revoluciones no advienen en Estados de miseria y de desesperación, sino en aquellos otros en que la evolución sufrida hace posible una transformación radical. Si realmene ansiáis una era revolucionaria que liberte al proletariado de las cadenas del capitalismo, si anhelaís sinceramente el triunfo del trabajo como única e inmutable ley por encima de los hombres y las castas, limitad vuestros hijos, sentid la responsabilidad de vuestra procreación y educadlos en el fervor revolucionario del porvenir. Fijaos bien que los grandes hombres no han legado a sus hijos sus excepcionales condiciones, porque ellos heredaron las de sus madres, que no eran grandes mujeres. Sed, pues, vosotras las grandes; convertíos en madres conscientes de los futuros redentores de la Humanidad proletaria.

marido son favorables a la creación de una familia, es una desertora. Ahora bien: a la esposa debe reconocérsele el derecho a no tener hijos si las condiciones en que éstos vengán al mundo no ha de serles propicias, tanto en el aspecto físico como material y moral. He ahí las frases sentadas y claras que decidieron al Tribunal Supremo de los Estados Unidos. Mientras Rusia, a partir de su revolución, se preocupa por sus comisarios del pueblo de hacer propaganda entre las mujeres proletarias, aconsejándoles la restricción de la natalidad y dando como máximo el número de tres para sus hijos; mientras organiza exposiciones permanentes como la que actualmente funciona en uno de los parques de Moscú, donde se exponen gráficamente los peligros y las responsabilidades de la natalidad y los medios de controlarla, hasta la sede del capitalismo llega este mismo sentido responsabilista de la mujer. Por vez primera, ésta, al empezar a percibir claramente, con toda su dureza, los problemas que se le plantean, ve ante sí la ruta de una maternidad consciente. José Ortega y Gasset nos recuerda que en los primeros tiempos, cuando la mujer primitiva limitaba su natalidad, fué ella la que creó la industria, la agricultura, el trabajo reposado frente a la aventura del hombre. Hoy, que a la mujer se le abre un campo de horizontes nuevos en el terreno del trabajo, la mujer forzosamente tiene que restringir y condicionar su procreación en beneficio de sus hijos, que no tienen por qué venir a un mundo del que sólo ven amarguras y dolores, para vivir la dramática vida proletaria sin posibilidades de redención.

A las mujeres españolas debe llegar también esta conciencia de la responsabilidad que contraen. Que aprendan que la maternidad no es una mera función natural, sino una preocupación vital que debe exigir todo su interés. Tened en cuenta, mujeres obreras que hayáis sentido la inquietud de vuestra inconsciente maternidad, que las grandes revoluciones no advienen en Estados de miseria y de desesperación, sino en aquellos otros en que la evolución sufrida hace posible una transformación radical. Si realmene ansiáis una era revolucionaria que liberte al proletariado de las cadenas del capitalismo, si anhelaís sinceramente el triunfo del trabajo como única e inmutable ley por encima de los hombres y las castas, limitad vuestros hijos, sentid la responsabilidad de vuestra procreación y educadlos en el fervor revolucionario del porvenir. Fijaos bien que los grandes hombres no han legado a sus hijos sus excepcionales condiciones, porque ellos heredaron las de sus madres, que no eran grandes mujeres. Sed, pues, vosotras las grandes; convertíos en madres conscientes de los futuros redentores de la Humanidad proletaria.

HILDEGART

EL PARO



Uno de los problemas de mayor trascendencia que se le plantean al Gobierno de la República es el problema del paro. Por nuestra parte, estimamos que su solución es sencillísima, y que sólo la torpe y criminal política de la fenecida monarquía ha dado origen a que esta peste del capitalismo adquiriera en España caracteres alarmantes.

Sólo tres causas son hoy, en los Estados capitalistas, originarias del paro: la crisis de la postguerra, la superproducción y la superpoblación. Ninguna de las tres ha hecho su aparición en nuestro país.

En cuanto al primer punto, el incipiente capitalismo español pudo adquirir su desarrollo al calor de la Gran Guerra; pero, no sabiendo hacerlo, desaprovechó las demandas de los mercados, volviendo a caer en la marcha vegetativa que todavía padece. La aparición del automóvil, que ha servido para transformar los sistemas de producción y explotación en el maquinismo actual, no ha servido más que para hacer de nuestro país un mercado apático que sañadamente se disputan las naciones productoras, como si fuéramos una colonia más del continente africano.

No fuimos ningún pueblo contendiente en la guerra europea, cuya economía saliera lesionada del famoso combate; ni padecemos impuestos de guerra que hayan de satisfacerse a los vencedores, sin dejar desenvolverse libremente las fuerzas naturales de la clase trabajadora.

Sometidos a un sistema rutinario de trabajo, en el que todavía impera el taller artesano o el pequeño burgués, el capitalismo indígena está sin aparecer; ni en la industria ni en el campo existe la superproducción; cuando en algún caso aparece, la miseria del proletariado, cuyo poder adquisitivo es de los más bajos en el mundo civilizado, es impotente para adquirirlo. Pero aún así, la superproducción española no es la superproducción moderna de la industria o de la agricultura; es todavía la superproducción feudal de los pequeños burgueses, cuyas operaciones mercantiles son insuficientes para influir en los precios, pero suficientes para arruinar una región. El último aspecto planteado también en las naciones donde empieza a cristalizar el imperialismo es el de la población, hasta tal extremo, que ya han comenzado a organizarse científicamente determinadas campañas para regular el exceso de población, mientras que en España nos encontramos con territorios enormes deshabitados, y en la inmensa mayoría de los pueblos, con una densidad reducidísima de población.

¿Qué tiene, pues, de extraño que, ante la miseria del campo, se emigre a la ciudad, y que, si en ésta no existen fábricas ni talleres capaces de absorber este exodo, se forme una masa flotante de obreros sin trabajo?

Si nos encontramos libres de este agorrotamiento propio de las fuerzas capitalistas en pugna, nos parece relativamente fácil plantear la solución en su punto de arranque: la tierra.

La tierra necesita brazos que deben ser extraídos de la ciudad y del campo; la tierra necesita modernos medios de explotación. Hay que trabajar la tierra, industrializando el campo. El Gobierno republicano tiene ante sí el problema de mayor responsabilidad. En él descansa todo el porvenir político y económico de España. Si planteado debidamente se resuelve con visión cierta, los gobernantes de la República española pueden ufanarse de haber realizado la verdadera revolución.

DE LAS SECCIONES

En las actuales circunstancias es necesario luchar por la consolidación definitiva de la República en España. Conseguido esto, lejos ya de la amenaza de los tiranos, los socialistas podremos llevar adelante nuestro programa completo, con lo que llegará para nuestra patria el progreso que deseamos, y tal vez seamos nosotros, los jóvenes de ahora, los encargados de llevar adelante tan apremiante necesidad.

Conscientes, pues, de nuestra futura misión, los jóvenes socialistas debemos comenzar a luchar inmediatamente. En primer lugar, contra el clero hipócrita y vil, que, lleno de riqueza que robó al país, pretende enroscarse alrededor del nuevo régimen, para seguir mangoneando y ahogar una vez más nuestras justas ansias de libertad.

Luchemos contra los viejos políticos, republicanos repentinos, que no quieren más que gobernar, no sabemos para qué. Contra los «generosos» aristócratas que dejan en trance de muerte a los desgraciados a quienes socorrían sólo para darse postín. Contra los patriotas de ayer, hoy fugitivos por el imperio de la conciencia y del miedo, que se llevan el producto de sus manejos.

Y en la hora de las responsabilidades no olvidemos al Borbón infame ni a su corte de lacayos, que se dedicaron durante tanto tiempo a jugar con todo un pueblo.

Rafael CONTRERAS

Repasando en estos momentos los números de RENOVACION, me encuentro en uno de ellos un entrefilet que en estos instantes goza de toda actualidad. Dice: «¿República? Sí; pero después, Socialismo.»

Los jóvenes socialistas nos encontramos ante esta realidad: Tenemos la República, pero nos falta el Socialismo; ¡Hagámosle! Pero de una entre otra voz se oír: Es que en los momentos que atravesamos es difícilísimo consolidar la República y hacer Socialismo.

¡Consolidemos la República! ¡Hagamos Socialismo! Estos dos gritos deben estar en todo momento resonando en nuestros oídos. Procuremos evitar estos ruidos, contrarrestándolos con la difícil labor de hacer Socialismo.

¡Compañeros obreros y estudiantes! Lo mismo que derrumbamos la monarquía trabajemos por el Socialismo; los jóvenes somos los llamados a emprender tareas difíciles y llevar sobre nuestros hombros en los momentos de prueba la responsabilidad que nos corresponde.

¡Jóvenes socialistas! Nuestro deber es forjar la República con el yunque y el martillo del Socialismo, para resguardarla del martillo de madera y el yunque también de madera de los enemigos de ella; pero sin perder un momento de vista la obligación de hacer Socialismo, para traer nuestra República.

Leoncío PEREZ

LAS TRÉBEDES

El pueblo español se ha mostrado soberano. Ha derrocado con gran estrépito, sin que a este estrépito haya contribuido el ruido de la pólvora, al déspota más despreciable que oprimía pueblo en los días que corremos.

No se tome a superioridad por nuestra parte, ni a pretender rebajar la calidad de nadie, si decimos que hay un gran número de compañeros y ciudadanos que no han acabado todavía de darse cuenta de lo trascendental que ha sido para sí y para el mundo entero el paso que ha dado el pueblo español. De un lado, ha derrocado una tiranía asentada en los tres puntales representados por el militarismo, el clericalismo y la aristocracia feudal. Compañeros y ciudadanos: ¡qué trébedes! Un militarismo constituido por un ejército que no era otra cosa que una guardia pretoriana. Afortunadamente para ellos, entre la oficialidad de esta guardia pretoriana había un corto número que se sentían ciudadanos, como nosotros, de un país que aspiraba a ser libre.

¿Y el clero? Una organización eclesiástica, a cuya cabeza figuraban, y todavía figuran — hay que procurar que se les acabe pronto —, unos jerrarcas que podían representar el espíritu cesarista de los peores emperadores de la Roma pagana, pero que de ninguna manera representaban la humilde bondad de Jesús de Galilea. Por debajo de este alto clero, uno intermedio que sólo concebía el poder llegar a más altos puestos por la sumisión incondicional a los poderosos y por la imposición tiránica a los que estaban debajo de ellos. En los

últimos peldaños, una legión de curas zafios, embrutecidos por tanta sumisión y envilecimiento, que no hacían más que cumplir servilmente las órdenes de sus superiores, que en lo social y en lo político siempre iban encaminados a entorpecer la marcha progresiva del pueblo productor.

¡La aristocracia! Por un lado, un conjunto de familias depositarias de gran cantidad de títulos. Demostración de decadencias. Por otro lado, un grupo más moderno, salido de la burguesía; pero entre aquél y éste, una sola cosa verdadera: un montón de haraganes, cuyo tipo más representativo es el del señorito flamenco, holgazán y mal educado.

Esto es lo que ha derribado el pueblo español: el trono, la corona, el cetro y demás chirimbolos sostenidos por estas trébedes. Valía, y muy grande, debe de ser la suya cuando la burguesía, sin tener que romper cabezas tan duras como las de estos tales que hemos retratado, cerradas a toda idea que no fuese la de sostener a su señor, reducirles a la impotencia. ¡Y todavía su amo se marcha pensando en volver, apoyándose, sin duda, en las trébedes! ¡Qué ganas tiene de hacer reír! Será que quiera seguir siendo Gutiérrez.

Que no vuelve, podemos estar seguros de ello. Pero, ¡atención! Que las trébedes están todavía sin deshacer. Hay que cogérlas y torcerlas pronto. Una vez deshechas, debemos coger sus pedazos y arrojarlos al montón de la chatarra nacional, por si fundiéndolos o forjándolos de nuevo se puede obtener algo de provecho.

Regino GONZALEZ

DESPENSA Y ESCUELA

¡CUIDADO!...

El entusiasmo que el triunfo de la República ha producido en la masa popular parece que ha influido en las conciencias, impeliéndolas al olvido. Y es necesario tener en cuenta en los actuales momentos que el gran defecto que siempre atribuimos al pueblo español fué éste precisamente: el de olvidar demasiado pronto en cuestiones de política. Así, una vez, hace poco tiempo, el pueblo aplaudió a un hombre que diez años antes había dado órdenes de tal crueldad, que costaron a España varias vidas obreras. Y otra vez, por este defecto de olvidar en seguida también, aplaudió a un general que justamente en la misma fecha que el hombre antes citado asesinó al proletariado por la cuenca minera de Asturias. Nosotros, los jóvenes, tenemos el deber de subsanar ese importante defecto del pueblo español.

Que no son estas horas de olvido, sino de vivo recuerdo que estremeza de indignación los corazones.

Acaba de derrumbarse un régimen todo carroña y podredumbre. El pueblo se ha sentido «cirujano», y en una genial operación ha extirpado el cáncer que corroía la entraña de la nación. Pero es absolutamente preciso que el pueblo no olvide quiénes fueron los hombres que significaban ese cáncer. Porque el peligro para la nación República no sería un intento de restauración borbónica, condenado desde luego al más espantoso fracaso. Sino el olvido del pueblo. En cuanto la masa dejara de recordar con indignación a los hombres de estos últimos momentos de la monarquía, la República se hallaría en peligro. Las Juventudes Socialistas, por tanto, no tienen la misión de crear las milicias socialistas solamente, que pueden valer de mucho o no servir de nada. La misión de los jóvenes es la de fomentar el recuerdo de los atropellos incalificables cometidos por los hombres de la monarquía.

Que todo el mundo recuerde siempre quién fué Mola. Un general de la contextura moral de Martínez Anido. Un asesino, que ha creído muchas veces que las calles de Madrid eran cabales de moros rebeldes y que ha dado órdenes de exterminio a la fuerza pública.

Que todo el mundo recuerde quién

fué Martínez Anido, el ministro de Gobernación de la dictadura, creador de las bandas de pistoleros de Barcelona y ejecutor pertinaz de la ley de fugas.

Que todo el mundo recuerde quién fué Berenguer, el hombre de los desastres de Marruecos, el general de los tristes destinos, condenado varias veces a muerte y amnistiado por el Borbón; asesino, además, de los mártires de la revolución de diciembre.

Que todo el mundo recuerde lo que fueron Romanones, García Prieto, Bugallal, Cierva, Guadalhorce, Calvo Sotelo, etc.

Que todo el mundo recuerde lo que fueron, para que nunca vuelvan a ser nada.

¡El olvido sería un crimen!

Antonio CABRERA

Nada de confusiónismo.

El Partido Socialista es un partido de clase.

El trabajador que quiera de veras su emancipación — política y económica — ha de ingresar en nuestras filas.

Las demandas de ingreso, a la Casa del Pueblo o a RENOVACION, Carranza, 20, Madrid.

Que todo el mundo recuerde quién fué Mola. Un general de la contextura moral de Martínez Anido. Un asesino, que ha creído muchas veces que las calles de Madrid eran cabales de moros rebeldes y que ha dado órdenes de exterminio a la fuerza pública.

Que todo el mundo recuerde quién

GRÁFICA SOCIALISTA: San Bernardo, 92.

LEED "EL SOCIALISTA" TODOS LOS DIAS